tierna voz, hablándola de su amor; en tanto le dirigía súplicas, reproches y amenazas.

Teresa sentíase trastornada ante aquella pasión, que parecía ser lo único que todavía retenía la vida en aquel moribundo, y que demostraba ser tan tenaz por sus debilidades como por sus violencias. Ni una vez oyó su nombre de labios de Ploerné. La había olvidado, ya no existía para él. ¡Allí no había más que Lydia, siempre Lydia! Y en el silencio de la noche, Teresa, segura de no ser vista ni oída, desahogó su corazón oprimido en desesperados sollozos. Cuando se esforzaba en recobrar la calma, oculto el rostro en sus manos, se dejó oir la voz de Raimundo:

—¿Quién llora aquí?—preguntó sordamente.

Y miraba con los ojos fijos, tratando de penetrar la oscuridad. Teresa se levantó, y acercándose al herido, le llevó á los labios la poción que debía calmarlo. Raimundo bebió, pero cogiendo á la joven por una de sus anchas mangas, la retuvo cerca de sí, y la repitió:

—Hermana, ¿por qué lloráis?.....

Teresa no contestó, temiendo, si dejaba oir su voz, turbar al herido, precipitarlo en una nueva crisis. Hizo él un esfuerzo, se incorporó lanzando un gran suspiro, y murmuró, tan bajo, que ella apenas le oyó:

—¿Qué mujer puede llorar á mi lado, á no ser Teresa?.....

Con un brusco movimiento desprendióse la joven, pero al volverse presentó su rostro á la débil claridad de la lamparilla. Raimundo lanzó una exclamación, y dijo:

—¡Teresa! ¿Eres tú?..... ¡Sí, es verdad, tú puedes volver ahora que ella no está aquí! ¡Teresa.....

pobre Teresa! ¡Y he sospechado de tí, y te he atormentado!..... ¡Oh, perdóname!.....

Teresa callaba, y él continuó con creciente agitación:

—¿Por qué no quieres contestarme?..... ¿Es que no eres más que un fantasma, como los que veía hace un momento ante mí?..... En todo caso, quédate..... Al menos tú no me haces daño..... Tú me compadeces..... Si quisieras hablarme, me parece que estaría más tranquilo..... Si estuvieras aquí, verdaderamente á mi lado, me parece que sufriría menos..... Eras un ángel bueno..... Y si vuelves, huirá la desgracia..... Teresa..... ten piedad..... Responde..... ¿Estás aquí, de pie delante de mi cama, ó es que sueño todavía, como hace un momento, tan dolorosamente?.....

Comprendió la joven que el silencio sería más peligroso que una confesión, y poniendo su mano sobre el brazo ardoroso del herido:

—Sí, Raimundo—dijo—calmaos: soy yo. He dejado mi convento para venir á cuidaros.....

—¡Tu convento!..... Yo tengo la culpa de que hayas entrado en él..... Prométeme que no volverás á él más..... Ya ves que es preciso que no me abandones..... Tú eres la única que puedes salvarme.....

—No os abandonaré; descansad..... y os curaréis.....

—¡Oh! curarme, acaso..... Pero olvidar..... ¡Olvidar, Teresa!..... ¡Soy tan desgraciado!

Y de sus ojos brotaron lágrimas, que secaba en seguida el fuego de sus mejillas. Con un gesto maternal le pasó la joven por la cara un lienzo perfumado, le arregló las almohadas, y dulcemente, sonriendo:

—Es preciso dormir, para que mañana puedan felicitarme vuestros médicos.

—¿Pero te quedarás?.....

—Sí, si me obedecéis.

Raimundo no habló más, movió dos veces la cabeza, asintiendo, y al cabo de algunos instantes su respiración, más igual, anunciaba que había cedido al sueño.

Al día siguiente por la mañana, cuando Rameau y su joven colega Pelicier llegaron á la calle de Rembrandt, encontraron al herido en un estado más satisfactorio. Había desaparecido la fiebre, y las heridas presentaban un aspecto favorable.

—Esta herida del pecho, la verdad, no es tan seria como parecía—dijo Rameau.—Lo que nos dará más que hacer será la rotura de la costilla..... Pero en un hombre sano como Ploerné, la naturaleza ofrece recursos maravillosos..... En suma, todo va bien..... Todavía volveré esta noche..... Pero desde mañana creo no me necesitaréis.

Parecía como que Teresa, según había dicho Raimundo, hubiera traído la buena suerte. Al cabo de una semana de cuidados, disipóse toda inquietud completamente, y el herido comenzó á tomar fuerzas. Pero con la vida le volvían las penas. El recuerdo de su desgracia, los cuidados de su situación financiera, le perseguían. No podía hablar de ello ni á la señora de Saint-Maurice ni á Teresa. Bernheimer habría podido darle luz, pero parecía arreglárselas de modo que no estaba nunca en la alcoba sin que estuviese presente una de las dos mujeres. Al fin, no pudiendo contenerse más, Raimundo confió sus preocupaciones á la joven.

—Tengo necesidad de hablar con tu padrino—dijo.—Ha tenido la bondad de ocuparse en arreglar mis asuntos. Es preciso que yo sepa en qué situación está todo esto..... ¿Verdad que me comprendes? Y parece que rehuye una explicación, por el temor, sin duda, de fatigarme. Pero tú sabes que estoy en estado, ahora, de oirle y de contestarle. Como me sería difícil abordar este asunto delante de mi tía, que podía afligirse, hazme el favor de llevártela, con cualquier pretexto, cuando venga Bernheimer. Así que haya liquidado este asunto, estaré tranquilo.

Teresa, que no sabía rehusarle nada, prometió hacer lo que le pedía, y aquella misma tarde llevó á cabo la pequeña maniobra proyectada. Samuel tuvo que quedarse frente á frente de Ploerné, y preguntado vivamente, se vió obligado á contestar sin rodeos:

—Yo quería aplazar esta conversación hasta que estuviéseis completamente curado—dijo á su amigo;—pero, puesto que tenéis tanta prisa, me resigno. Hablemos.

—¿Cómo está mi liquidación?

—Terminada.

—¿En qué condiciones?

—Lo habéis pagado todo..... Y os quedan veinte mil francos de renta.

—¿Cómo puede quedarme algo?..... Me había comprometido hasta más allá de lo que consentían mis recursos, ¿y no he perdido más que la mitad de mi capital?

—Eso es el resultado de mi industria.

—Explicaos.

—¿Queréis saberlo todo?..... ¿Para qué? Contentaos con lo que os digo..... No conocéis los negocios, bien lo habéis probado..... Os han robado cuatro millones, como si os los hubieran sa-

cado del bolsillo..... He podido recogeros otros cuatro, sin los cuales os habrían ejecutado en la Bolsa, si yo no me hubiera puesto por enmedio..... Salís del *Comptoir* desnudo completamente, pero con más honra todavía, si es posible, que antes de entrar en él..... Porque habéis cumplido vuestros compromisos aún más de lo que era justo..... ¿Qué más queréis saber?

—¿Qué hay de la responsabilidad del Consejo de administración?

—Está puesta á salvo..... Sólo los gerentes y ese tunante de Herzog han sido detenidos..... Pero no os preocupéis por ellos..... Son listos, y ya sabrán salir del asunto.

—¿Y á quién pertenece esta casa en que estamos?

—A vuestra suegra, por quien la he hecho comprar..... De modo que podéis restableceros tranquilamente..... No hay peligro de que os echen.

—¿Cómo podré pagaros todo lo que habéis hecho por mí?

La frente de Samuel se llenó de sombras.

—No hablemos jamás de reconocimiento—dijo.—Nada me debéis. Yo soy, al contrario, quien estoy en deuda con vos..... Tengo muchos reproches que hacerme..... Sí, no he obrado siempre de la mejor manera para vuestros intereses..... Estaba bajo el dominio de otra persona muy hábil, cuyas astucias no había adivinado todavía, ni penetrado sus verdaderos sentimientos..... He contribuido á haceros daño..... ¡Oh, muy inocentemente!..... Pero el resultado es el mismo..... ¡Y bien desastroso!..... Me acuso, pues, y lo expío bien cruelmente..... Esto es bien triste á mi edad

y con mi experiencia; estaba cautivado, embriagado, había abdicado toda voluntad, perdido toda prudencia..... He tenido muy malos pensamientos..... Os suplico que me los perdonéis, Raimundo.

El herido le había escuchado sin interrumpirle, absorto en profundas meditaciones. Cerró los párpados, se pasó la mano por la frente, como para alejar una imagen importuna, y con voz alterada:

—¿Qué tengo que perdonaros? ¿No soy tan culpable, no he sido tan débil como vos? Sé bien la fascinación que ejercía sobre el alma y sobre el corazón..... He sido una víctima como tantos otros..... Vos al menos habéis tenido el mérito de ver claro en el momento crítico..... Yo he sido ciego hasta el fin.

Callóse un momento; luego añadió en tono más bajo, como si le diera vergüenza:

—¿Sabéis qué ha sido de ella?

—Sí—respondió Bernheimer, vacilando y como á la fuerza.

—¡Oh! Habladme francamente..... Abordo este asunto con tanta repugnancia como vos, por la primera y última vez..... Así, hablemos hoy todo lo que haya que hablar.....

—Pues bien: al salir de París se fué á Niza..... De aquí á Florencia..... Ahora está en Nápoles.

—¿Sola?

—Con la mulata, que partió con ella.

—Hacéis como que no me entendéis..... Os pregunto si está sola.....

—Sí.

—¿De qué recursos dispone? Durante nuestra terrible explicación, me declaró que había jugado con fortuna. ¿Es verdad esto? No me puede con-

venir dejarla sin dinero: esto sería preparar excusas á su mala conducta.

—¡Tranquilizaos!—exclamó vivamente Bernheimer.—¡Es más rica que vos!

—Eso es lo que yo deseaba. Otra pregunta y nada más: ¿Sigue llevando mi nombre?

—No. Se hace llamar la condesa de Saint-Maurice.

—¡Está bien!

Tendió la mano á Bernheimer, y, con un leal apretón, aquellos dos hombres sellaron la más leal amistad.

Algunos días después pudo Raimundo levantarse y pasar el día en una butaca. Para Teresa fué una gran alegría verle, con el brazo en cabestrillo, todavía pálido, muy débil, pero en pie. Ingenióse de cien maneras para distraerle de sus sombrías preocupaciones, y con frecuencia lo consiguió. Desaparecida Lydia encontrábase lo mismo que otras veces. Ella, con su delicada ternura, alejaba del espíritu de Raimundo las malas impresiones. La señora de Saint-Maurice, sobreexcitada al principio por la emoción, cayó enseguida en un profundo abatimiento. Jamás hablaba de su hija, vivía sin salir de sus habitaciones, y no se animaba un poco nada más que cuando Teresa estaba á su lado. La joven repartía su tiempo entre su herido y su enferma, yendo del uno al otro con una actividad inteligente y una igualdad de sonriente humor que jamás se desmintieron. Bernheimer decía admirado:

—Nunca has sido tan hermana de la caridad como después de tu salida del convento.

Y como se había quitado su hábito gris y vuelto á vestir los trajes de antes de su noviciado, el banquero añadía riendo:

—¡Eres un ángel secularizado!

Sin embargo, Teresa no renunciaba á sus proyectos de clausura; y cuando Raimundo, al cabo de cuarenta días estuvo completamente curado, manifestó con mucha claridad su intención de volver al convento.

—Ya no tengo nada que hacer aquí ahora—dijo á Bernheimer.—Mientras que Raimundo ha tenido necesidad de cuidados, mi presencia podía explicarse; pero á partir de hoy, no se podrá comprender.

—Pero tu pobre tía, que está tan débil.....

—Su vida no corre ningún peligro.....

—Tu compañía es para ella un socorro moral inapreciable.

Todo lo que su padrino la dijo, y la tesis era fácil de sostener, la encontró inquebrantable. Estaba decidida á dejar el hotel de la calle de Rembrandt, y lo dejaría. Samuel no opuso ninguna resistencia. No se sentía con fuerzas para luchar con aquella dulce terquedad. Fué á buscar á Raimundo y le enteró de la resolución de Teresa.

—Lo que me anunciáis no me asombra—dijo Ploerné—porque lo esperaba. Vos no comprendéis la determinación tomada por vuestra ahijada, y, sin embargo, es muy sencilla. Obra como debe obrar. Pero dejad á mi cargo el hacerla cambiar de propósito.

—¿Cómo lo conseguiréis?

—Yo la demostraré que cumplirá un deber quedándose.

Aquella misma noche, después de la comida, cuando la señora de Saint-Maurice se fué á sus ha-

bitaciones, Raimundo, que se había quedado sólo con Teresa en el salón, se levantó y dijo:

—Hace una noche muy hermosa; ¿quieres que bajemos al jardín?

Teresa se echó una toquilla de blondas sobre la cabeza y una manteleta sobre los hombros, y bajaron. La primavera, muy precoz, había traído ya fuertes calores. Estaban á fines de Abril, y la temperatura era suave como en verano. Pasearon durante algunos minutos á lo largo de los macizos de lilas que se extendían entre los muros de los hoteles vecinos. Las estrellas resplandecían en el cielo, y un delicioso olor embalsamaba el aire.

—¿Quieres que nos sentemos?—preguntó Raimundo.

—Todavía no estáis muy fuerte—dijo Teresa sonriendo—y queréis hacer demasiado de una vez.

—No. Estoy completamente bien. Pero tengo deseos de hablar contigo de cosas serias, y creo que lo mejor es que nos sentemos..... Por otra parte, ¿no te recuerda nada esta conversación, de noche, en el jardín?

—Sí, me recuerda la conversación que tuvimos cuando antes de la llegada de mi tía quise entrar en un convento.

—Tienes buena memoria. Pues bien, querida mía, la situación es la misma. Tú quieres otra vez ir á un convento y yo quisiera impedirtelo.

—Eso es imposible.

—¿Y por qué?

—Ya he dicho que no á mi padrino.

—Tu padrino ignora las resoluciones que he tomado y que debo hacerte conocer. Voy á partir, Teresa; en París me sería imposible la existencia; no tengo los recursos necesarios para vivir como

antes; y por otra parte, siento la necesidad de emigrar; aquí he sido muy desgraciado. Si dejas la casa, nuestra tía quedará abandonada, y ya sabes que tiene necesidad de cuidados y de cariño..... Tú sola puedes velar sobre ella y amarla, puesto que la que debía cumplir este deber la ha abandonado..... ¿Quieres concederme también esto, mi querida Teresa? Ya sé que te pido un nuevo sacrificio, después de tantos otros que has hecho con verdadero heroismo. ¡Oh! Ya lo ves, se exige mucho y siempre de los que son buenos..... Pero en éstos es virtud no resistir nunca á un llamamiento hecho á su generosidad.

Teresa inclinó la frente y no contestó. Reflexionaba, sumida en dolorosas meditaciones. Escuchando á Raimundo había visto evocarse ante ella el pasado: sus tristezas, sus celos, su desesperación, todo lo que había sufrido por el amor del que estaba allí, á su lado, y que podía disponer de su vida. Jamás, desde que la mala mujer se apareció ante sus ojos, había sentido el alma tan tranquila, tan serena, tan dichosa. Había salvado otras veces á Raimundo, reemplazando á Lydia en la infamia: acababa de salvarle ahora otra vez sustituyendo á Lydia por su sacrificio. Por aquel hombre, amado tan apasionadamente en el secreto de su pensamiento, había hecho todo lo que era humanamente posible, y tenía la inmensa alegría de oirle que le daba las gracias. Esto fué para aquel corazón delicado un momento de triunfo delicioso. Y vertió lágrimas que corrieron por sus mejillas, brillando en la obscuridad, como dos surcos de plata.

—¿Lloras, Teresa?—dijo Raimundo—cogiéndola las manos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Dejadlo, esto me hace mucho bien.

El la miraba, y le venían á la memoria las palabras de Lydia en su terrible y última contestación: «Teresa no ha dejado de amaros nunca.» Admiraba el digno aspecto de la joven, y pensaba con dolor: «He pasado al lado de la dicha sin verla. Esta era la que debí escoger. A ésta á quien debí tender la mano. Pero no tuve ojos más que para la otra, ni pensé más que en la posesión de la otra. Y ahora no hay remedio posible. Estoy ligado á esa infame, y Teresa está separada de mí para siempre.»

La voz de la joven interrumpió sus meditaciones.

—Haré lo que deseáis—dijo.—Renunciaré á entrar en el convento, y viviré al lado de mi tía..... Sin embargo, si..... la que se ha marchado volviera, consentid en devolverme mi libertad..... Porque me sería verdaderamente muy penoso volver á encontrarme en su presencia.

—Sí, si ella vuelve, quedarás en libertad..... Pero no volverá nunca.

Teresa movió la cabeza con aire de inquieta duda, y después, levantándose:

—Es muy tarde; volvamos á casa.

Y siguiendo la calle del jardín que las lilas, reanimadas por la frescura de la noche, embalsamaban, entraron en la casa. . . . . .

. . . . . .

Raimundo viajaba dos años después. Aquel marino que había recorrido todos los mares y visitado todos los lejanos países, conocía mal la Europa. Había navegado por todas sus costas y fondeado en todos sus puertos; pero no conocía el interior. Comenzó por España, pasó á Marruecos, y

de aquí á la Argelia. Después de una excursión hasta el Figuig, se dirigió hacia Constantina y Túnez. Dejó á un lado Italia, donde temía encontrarse con Lydia, atravesó Grecia, y por el Mar Negro subió á Rusia. Residió sucesivamente en Suecia, en Alemania, y últimamente se fijó en Inglaterra, donde tenía poderosas relaciones. Vivía modestamente en un hotel, rehusando la hospitalidad que se le ofrecía. Necesitaba la soledad. Tenía horas de profunda melancolía. Unicamente conseguían serenarle las cartas de Bernheimer, que le enviaba con mucha regularidad noticias de París. Siempre, y muy ingeniosamente, el buen Sam encontraba medio de contarle lo que hacía y pensaba Teresa. La joven no había escrito nunca á Raimundo, y sin embargo, estaba informado de todo lo que la concernía.

La existencia de la joven se deslizaba siempre regular y monótona, al lado de su tía, siempre quejumbrosa. Su única distracción era un paseo de dos horas en carruaje con la anciana señora. Iban al Bosque, se detenían en el paseo de la Reina Margarita, para no encontrarse entre el movimiento mundano del paseo de las Acacias, paseaban á pie cuando el tiempo lo permitía, subían otra vez al carruaje y volvían á casa. Cuando iba Bernheimer, Teresa hablaba de Raimundo á su padrino. Este era su único placer.

Así, entre aquellos dos seres separados por la fatalidad de la vida, Samuel servía de lazo de unión y se empleaba en ello con cuidado. Se daba perfectamente cuenta del trabajo que se operaba en el espíritu del conde. Para el leal Ploerné, el amor no podía existir sin estimación. Y de la misma manera que un fruto podrido se desprende

del árbol, se había desprendido de su corazón el amor por Lydia. Cuanto á los sentimientos de su ahijada, Bernheimer los conocía. Le dolía ver á aquellos dos jóvenes sufrir uno lejos del otro, y buscaba la manera de reunirlos. Pero tropezaba con obstáculos insuperables. Un día dijo á Teresa:

—No comprendo cómo Raimundo no trata de recobrar su libertad.

Teresa alzó la cabeza, pero guardó silencio.

—¿Qué es lo que debe á esa tunanta, en suma? ¿Por qué no divorciarse?

—¿Y eso de qué serviría?—dijo la joven con tranquilidad.—La libertad que con eso encontrara sería una libertad ficticia. Quedaría desligado legalmente, pero siempre subsistiría el lazo moral. Para los que creen en la eternidad de los lazos contraídos por el matrimonio, es inútil el divorcio.

—¿De modo que, según tú, sólo la muerte de su mujer puede devolverle la libertad?.....—dijo Samuel con un suspiro.—Entonces hay probabilidades de que arrastre su cadena hasta su último día..... ¡Porque todas las pícaras tienen una salud de hierro! Es verdad que en Italia hace mucho viento, que se construye mal..... y, ¡qué demonio! una buena chimenea sobre la cabeza.....

—Yo rezo todos los días porque viva y se arrepienta—dijo sencillamente Teresa.

—¡Bravo!—exclamó Bernheimer.

Desde aquel día, Samuel no buscó ya más que una solución natural á la triste situación que hacía sufrir silenciosamente á Teresa y á Raimundo; y en el secreto de su pensamiento, le sucedía con frecuencia dirigir invocaciones á una vaga providencia distribuidora de los naufragios, de los incendios y de los accidentes en los ferrocarriles.

Comenzaba el tercer año de su destierro, y Raimundo volvía de cazar con lord Fitz-Gerald, en los alrededores de Inverness, cuando al llegar á su casa, en Londres, encontró sobre su mesa las cartas que esperaba hacía más de una semana. Un gran sobre, con letra de Bernheimer, atrajo sus miradas. Lo cogió antes que los demás y lo abrió. Contenía una carta y un recorte de periódico. Comenzó la lectura de la carta, pero á las primeras palabras palideció, turbóse su vista, y le pareció que todo en derredor suyo se volvía negro. Se pasó la mano por los ojos y leyó en alta voz, como si quisiera convencerse de que no se engañaba: «Mi querido Raimundo: Tengo que comunicaros una triste noticia que me ha enviado mi corresponsal de Nápoles y que concierne á vuestra mujer. Atacada por la fiebre tifóidea hace un mes, ha sucumbido la semana última. El *Corriere de Napoli*, del cual os envío un recorte, os dará más detalles.....»

Dejó caer la carta, y con mano temblorosa desdobló el pedazo de periódico. Era una simple noticia enfática sobre la muerte de aquella encantadora francesa, que había sido durante dos años, en Nápoles, el encanto de los ojos..... La implacable enfermedad, á pesar de los apasionados cuidados del príncipe D....., había destruído á aquella adorable criatura..... Detalle conmovedor: «Una mulata que la había criado y que no la abandonaba nunca, no pudo soportar el dolor de su pérdida y fué encontrada al día siguiente muerta al lado del ataud.»

Sentóse Raimundo y estuvo reflexionando hasta la noche. Su criado, al entrar en el cuarto, inquieto por no haberle visto salir para comer, le encontró

con la frente apoyada en la mano, entregado á una dolorosa meditación. Vuelto en sí, el conde cogió otra vez la carta de Bernheimer, cuya lectura no había continuado: «Conozco demasiado vuestro corazón, proseguía Samuel, para dudar de que experimentaréis un sincero dolor. La habéis amado ardientemente, y por grandes, por repetidas que hayan sido sus faltas, era una mujer adorable, para la que su gracia y su belleza hacían ¡oh! fácil la indulgencia. Os había hecho sufrir mucho, pero estoy seguro de que experimentáis por ella más piedad que cólera. Al leer mi carta, lloraréis; yo también he llorado al saber su muerte. La señora de Saint-Maurice ha soportado este golpe mejor de lo que yo había pensado. Es cierto que Teresa, en estos tristes días, ha observado una conducta admirable en actos y en palabras, y ha sabido imponer la resignación á aquella para quien es, hace dos años, una verdadera hija. Y ahora, mi querido amigo, ¿no pensáis que vuestro destierro ha durado bastante? El destino ¿no os marca claramente su fin? ¿No creéis que debéis á Teresa una reparación de lo que ha sufrido por todos nosotros? Si en el mundo hay justicia, ella tiene derecho á ser al fin recompensada. Ya sabéis que es bastante animosa para continuar soportando su ruda prueba y para probarnos que hay ángeles en el cielo, puesto que se los puede encontrar en la tierra. Pero vos, que con una palabra la recompensaríais tan bien de todo lo que ha sufrido hasta aquí, ¿persistiréis en callaros? Habéis pasado, vos mismo me lo habéis dicho, al lado de la dicha; pero más feliz que otros, la dicha os ha esperado y os sigue esperando. No tenéis más que alargar la mano para cogerla. Si estáis decidido á ello, contestadme una palabra, una sola, y yo sabré lo que hay que decir á Teresa. Si no, adiós, y no volváis jamás.»

Raimundo permaneció un instante inmóvil, pensativo, en las sombras que caían. Parecíale ver en las lejanías de su pensamiento una figura pálida, iluminada por ojos negros, y cuyos labios adorables, sonriendo tristemente, murmuraban: «¿Qué? ¿Tú tambien vas á ser infiel?..... ¿No seré yo la única que haya recibido tu juramento?..... ¿Por qué me has reprochado ser tornadiza, puesto que tú puedes ser olvidadizo? ¿No temes que yo aparezca entre tu nueva compañera y tú? ¿No recordarás siempre la dulzura de mis besos, la languidez de mis miradas? ¿No he entrado yo en tu ser para toda la vida?»

Y la seductora visión se aproximaba casi hasta tocarle; respiraba su embriagador perfume y admiraba su voluptuosa palidez. Raimundo hizo, para rechazar la peligrosa aparición, un gesto que rompió el encanto. En lugar de una figura adorable, ya no vió más que una máscara gesticulante, exacta semejanza de Lydia, tal como la había visto por última vez. Le dió horror. Y en seguida evocó en su lugar la suave y angélica figura de Teresa.

Entonces no dudó más; y tranquila su conciencia, seguro de su corazón, escribió á Bernheimer esta sola palabra: «Vuelvo.»

FIN

Les Abismes, París, 1890-1891